
Recordando a Felipe Teixidor

*Clementina Díaz y de Ovando**

Tengo muy presente cómo y cuándo conocí a don Felipe Teixidor Benach; fue en aquel bullicioso barrio estudiantil, hoy tan venido a menos, en la transitada calle de Argentina, calle que Teixidor caminaba para llegar a su destino: la Librería Porrúa Hermanos.

Iba yo con Justino Fernández cuando nos encontramos con el caballero, el gran señor que fue Felipe Teixidor Benach. Justino Fernández me dio santo y seña de quién era Teixidor: catalán de origen, mexicano hasta los tuétanos por decisión propia, sabedor de idiomas, escritor, historiador, bibliógrafo, gambusino de libros raros; en suma, un apasionado de los libros, que en la vieja Plaza del Volador, atractivo sitio para los aficionados a los libros viejos, había tenido "El Murciélago", puesto de libros antiguos, raros y curiosos. Que había desempeñado cargos públi-

* Cronista de la UNAM e investigadora emérita.

cos, pero que Felipe Teixidor de multifacética personalidad era, ante todas las cosas, un pulido y brillante espejo de auténtica amistad. Amigo de sus amigos.

Al celebrar sus amigos los cincuenta años de vida mexicana de Felipe Teixidor, su muy allegado Justino Fernández trazó su cabal semblanza, de la que tomo algunos renglones:

Pudiera decir que Felipe es bajo de cuerpo, de finos rasgos, de pelo blanco, de mirada penetrante; de movimientos ágiles, de memoria extraordinaria; de inteligencia viva, de sensibilidad especial y alerta para ciertas cosas; de intereses muy variados; de excelente educación y de trato cordial; de un fino sentido para lo bueno y para lo malo y un catador de personas a primera vista. Todo eso y mucho más es Felipe Teixidor, un hombre capaz de grandes pasiones y de tender la mano a quien lo necesita.

Justino Fernández, uno de los *habitués* a las tertulias de Monserrat y Felipe Teixidor, me llevó a su casa en la calle de Mercaderes número 56; nunca se lo agradeceré bastante, ya que me dio la oportunidad, el privilegio de disfrutar la amistad y el afecto de Monna, de don Felipe y de Toño.

Sus tertulias agradabilísimas en las cuales los Teixidor reunían amigos y, en ocasiones, a visitantes extranjeros, han sido descritas a maravilla por Miguel León Portilla en "Las tertulias de don Felipe".

En estas reuniones de pocos elegidos en dulce charla, como dijera Manuel Gutiérrez Nájera, florecía el diálogo, se desbordaban comentarios y reflexiones, ya sobre viajes, libros de reciente aparición, problemas internos del país o acontecimientos del extranjero.

La casa toda era biblioteca: el salón-biblioteca del piso bajo; la estancia-biblioteca del piso superior en donde se admiraba un magnífico cuadro de la Virgen de Guadalupe; el estudio con su enorme mesa de trabajo, los ficheros, los libros de consulta. En toda la casa-biblioteca la vista se detenía en los hermosos grabados, litografías, fotografías, pinturas antiguas; los muebles ingleses del siglo XIX hacían más acogedoras las salas-bibliotecas. Todo en esa casa revelaba el buen gusto y el señorío de sus dueños.

Pero lo más importante, era que en la espléndida biblioteca se acumulaba mucho de la historia de México, del arte de nuestro país.

Me acuerdo que en uno de los estantes del salón-biblioteca estaba una rara y valiosa colección: la de los viajeros extranjeros que anduvieron por nuestro país, y los viajeros mexicanos; sobre estos últimos Teixidor escribió: *Viajeros mexicanos (siglos XIX y XX)*. Letras de México, 1939.

Tuve la fortuna de que me prestara, para un artículo, el libro de Mathieu de Fossey *Viaje a México* (1844). Amén de otros libros.

Bastaba decir don Felipe, estoy trabajando en este tema, para que, de inmediato, trajera el libro o los libros referidos al asunto; y sin necesidad de catálogo sabía siempre dónde encontrar el libro que buscaba. Toda la biblioteca la llevaba a cuestras en su memoria.

Otras veces, no era el libro lo que se le solicitaba, sino una litografía, un grabado, una fotografía para ilustrar un artículo, un libro. Y también, en su copiosa colección se encontraba la estampa deseada.

Siempre generoso de su saber y de sus libros, a los jóvenes que se allegaban a su casa en busca del volumen que no se encontraba en las bibliotecas, se los facilitaba para su consulta.

En su biblioteca-estudio vi a varios estudiantes consultar las ediciones que les urgían para sus tareas. Muchas y valiosas tesis fueron producto de la generosidad de don Felipe.

No debo dejar de lado que Teixidor, asimismo, dedicó sus afanes e inquietudes a la historia de México: en su bibliografía se registran varios y valiosos estudios sobre la historia de nuestro país; cito al azar: *Notas y reflexiones sobre la guerra que se tiene con los apaches en las provincias de Nueva España*. Ms. de Bernardo de Gálvez. Con una advertencia y notas (1925). *Morelos. Documentos inéditos y poco conocidos*. (Colección de Documentos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía). *Compilación e índices*, 3 volúmenes. México, 1927. De sus aficiones bibliográficas, entre otras, tenemos: *Ex-libris y Bibliotecas de México* (1931). Y a la manera de aquellos sugerentes calendarios del siglo XIX, salidos de las prensas de Ignacio Cumplido, de Juan N. Navarro, de Mariano Galván, publicó una preciosa y rica miscelánea en la cual dio gusto a su innata curiosidad, a su imaginación, titulada *El fin de la nada y el principio de todo*. Calendario de Porrúa Hermanos para el año de 1957.

Teixidor fue, igualmente, un notable traductor, y prueba de ello es su impecable traducción de *La vida en México* (1959) de Madame Calderón de la Barca, o como familiarmente llamaba a Francisca Erskine Inglis, la "Calderona".

El prólogo y la abundancia de notas hacen que el famoso libro de Madame Calderón sea la edición más completa que se escribiera hasta 1959, sobre la autora, su familia y su circunstancia.

Desde el año de 1947 hasta su muerte en 1980, Felipe Teixidor consagró su empeño y entusiasta actividad a la labor editorial de la casa Porrúa Hermanos.

Me place traer a cuento, lo que a propósito de la serie "Sepan Cuantos..." de la cual, como se dice en el lenguaje llano, Felipe Teixidor fuera alma, vida y corazón, escribiera allá por 1969, como un homenaje, otro gran erudito, crítico literario y bibliófilo, el nicaranguense Ernesto Mejía Sánchez:

Felipe Teixidor, quién no lo sabe en México, es un profesor de energía, como dijeron los locos de ayer (...) gran señor como los de antes, sin perder ni dignidad ni señorío, parece ser el mismo niño terrible con algo de duendecillo cano y benigno. Colaborador infatigable de empresas culturales, es mano derecha de los viejos y jóvenes Porrúa, a quien tanto debe la industria editorial de México.

Una de las últimas creaciones de esa firma mexicana es la colección "Sepan cuantos...", que Alfonso Reyes bautizó así en son de pregón popular en compañía de Felipe Teixidor. Queremos referirnos a los afanes de esa serie, donde veo la tradición que impuso aquel Claudio Santos González en la casa de los Garnier Hnos., que son nuestros *Porrúa Frères* de ahora, naturalmente aumentados y corregidos.

(...) La serie pasa ya del centenar de volúmenes. Veo en ella una tradición y una mano sabia y generosa, por más que se ampare en el anonimato. Pero nadie lo ignora, por lo menos, nadie que sepa de letra impresa, de libros o de autores, podrá ignorar que Felipe Teixidor ayuda eficazmente a una empresa, que es toda una misión en nuestras letras de América. Y ahora cumple 50 años de labor; calculo que unos quinientos libros han pasado, enriquecidos por su mano.

Es una suerte para la historia, para la cultura de México, que la biblioteca y la colección de imágenes de Teixidor se haya quedado en nuestro país.

Esa colección reunida por Felipe Teixidor con tan amoroso afán se encuentra hoy día en el Archivo General de la Nación, y a disposición de los estudiosos.

Felicito al Archivo General de la Nación, por su interés por mostrar una de las más importantes facetas del quehacer de Felipe Teixidor: la de coleccionista.